ALI CHUMACERO

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PRESENTACIÓN

por José Emilio Pacheco

TIERRA NUEVA *(Revista de Letras Universitarias)* aparece al comenzar 1940. Los responsables son: Jorge González Durán, José Luis Martínez, Alí Chumacero y Leopoldo Zea. Por esos días, la anterior generación de "Contemporáneos", ha llegado a la madurez: *Muerte sin fin* y *Nostalgia de la muerte* acaban de publicarse. Octavio Paz y algunos otros jóvenes editan desde hace tiempo la revista *Taller*. Octavio G. Barreda ha fundado *Letras de México*. Alfonso Reyes y Enrique González Martínez volvieron al país y entran quizá en la mejor época de su producción. Los artistas e intelectuales del exilio republicano tienen pocos meses entre nosotros, pero ya han comenzado a enriquecer el ambiente literario, filosófico y editorial de México.

La juventud de los que editan *Tierra Nueva* los conduce menos a la estéril rebeldía que a un trabajo estimulado por los anteriores acontecimientos. La suya es una revista con respeto por la obra y la diversidad ajenas; quizá por ello mismo, ejercen su labor con un sentido crítico que sabe deslindar el grano de la paja. Esta actitud que revelan sus reseñas es un hecho grato, pero no sorprendente: Reyes, Paz, Novo, Villaurrutia han sido buenos escritores desde antes de cumplir los veinte años. El interés del grupo se encamina sobre todo hacia la poesía —aunque no ocurra así con Leopoldo Zea, de clara vocación filosófica. Más tarde, José Luis Martínez elegirá en definitiva la crítica y la investigación literarias; Jorge González Durán, tras un hermoso libro, *Ante el polvo y la muerte* (1945), guardará un silencio sólo ocasionalmente quebrantado; Alí Chumacero, por su parte, es desde un principio y seguirá siendo fundamentalmente un poeta: la mayor contribución de *Tierra Nueva* a la lírica mexicana.

Años después, en la hora de la reflexión, José Luis Martínez resumirá los propósitos que animaron a los de *Tierra Nueva*: equilibrio entre tradición y modernidad, entre el entusiasmo iconoclasta de la juventud y la aceptación de un rigor en su aprendizaje; reconocimiento de algunos maestros en las generaciones mayores; aspiración a realizar una obra con la austeridad requerida por un oficio que se aprende fatigosamente; preocupación por ir conquistando, sin prisa ni tregua, el mundo de la cultura.

No es otro el punto de partida que emplea Alí Chumacero al iniciar esa apasionada búsqueda de sí mismo y de la realidad que constituye su poesía. Una obra caracterizada por el rigor, que se opone sus propias dificultades —y a cada paso sabe resolverlas. *Páramo de sueños*, antes de crecer hasta formar un libro, se incluye como suplemento en el número que cierra el primer año de *Tierra Nueva*. Chumacero tiene 22 años y ya en ese breve cuaderno es un poeta que ha sabido formar su tradición, y con ella encontrar su propia voz. Contra la exuberancia que sofocaba la expresión poética, los poemas de Alí Chumacero surgieron —ante la alarma de los horticultores que enjuiciaban la poesía con símiles botánicos— no como la flor que abre sus pétalos entre lianas y troncos calados de humedad a la orilla del trópico; parecieron semejantes a la vegetación estricta, heráldica de la meseta que se hiela en su combustión o arde en su frialdad: piedra volcánica, fruto de niebla. Otros advirtieron sin lirismo que en esas páginas había nacido un verdadero poeta (si es necesario unir estas palabras). Un poeta para quien no es un secreto la arquitectura —el ritmo interior— de cada poema, y ante el cual el valor de cada estrofa radica tanto en lo que asume como en lo que abandona.

Cuando *Páramo de sueños* se publica aumentado y se le premia como el mejor libro que dio a conocer un autor joven en 1944, José Luis Martínez se refiere a la contradicción aparente entre un hombre que propagaba la leyenda de sus noches tormentosas, de sus días consagrados a organizar la fatalidad, y el dueño de una inteligencia literaria clarísima y una de las más puras sensibilidades poéticas. La oposición quedó resuelta en ese libro severo de quien, por gastar su vida en una rebelión solitaria, al escribir no tenía necesidad de emprender —como otros que aceptan la rigidez y los malestares de la civilización— la huida hasta las espesuras de una "libertad" celebrada con aspavientos.

Ese principio rectificador ha guiado en todo momento la poesía de Alí Chumacero: la voluntad de oponer un orden al desorden de los días y de las cosas que van fraguando nuestra existencia. La poesía es aquel orden que libera de esa prisión en que el inapagable fluir del tiempo confina a todos los hombres. También en poesía la libertad se gana siempre a costa de una batalla: el poeta es libre porque se plantea problemas y puede sojuzgar su

materia. Si no, enemigo de formas y disciplinas, permanecerá cautivo e ignorante de su encierro, víctima de lo que no ha sabido dominar. Como supone que basta "el dolorido sentir" para hacer un poema, sus sentimientos tal vez coincidirán con los de su época; pero también de modo inexorable se alejarán con ella, irán al limbo de escuelas retóricas y modas en el "momento de la verdad" cuando de toda una época literaria sólo permanece en pie la excepción: la poesía.

CON LA OBRA POÉTICA, empezó el crecimiento de la tarea crítica. En *Tierra Nueva*, *Letras de México* y sobre todo *El Hijo Pródigo* y *México en la Cultura*, deja Alí Chumacero infinidad de notas y varios estudios que alguna vez deberán coleccionarse en libros. Las ideas que mantiene acerca de su oficio quedan expuestas, al correr del comentario, en las excelentes reseñas de poesía que da a conocer en *El Hijo Pródigo*: "Considero —dice en 1945— que la poesía en sí misma es *forma*. Nunca he creído sea posible diferenciar, en un poema, aquello que es *forma* de aquello que se ha dado en llamar *contenido*. Si una está dependiendo de la otra, o viceversa, el poema no llega a ser sino un documento personal, como una letra de cambio, un acta de nacimiento o una sentencia de muerte. Y cuando hablo de poesía, olvido previamente los documentos de cualquier especie".

Desde un principio, esa identidad entre estilo y espíritu (dos aspectos artificialmente separados de un mismo fenómeno interior, como sugiere Spitzer) ha establecido la voz poética de Alí Chumacero. Ya al comenzar sabe lo que tiene que decirse y decirnos. Porque se tiende a olvidar que, al hablar de sí mismo, el poeta está hablando para todos. Hay novedad, pero no ruptura: se sigue, se acrecienta ese fluir subterráneo, que bien podría ser la tradición lírica mexicana, tan aparte de otras tradiciones de su idioma. La nuestra es menos una poesía de medianoche que de esa hora en que el crepúsculo se ha disuelto y la tiniebla se afirma apenas, se difunde. O del momento previo al amanecer, cuando la noche empieza a consumirse y deja su rescoldo al nuevo día. Lo más valioso de esa tradición de "melancolías y cóleras" es el gusto por verter el impulso romántico en una forma ceñida, "clásica", ajena al desdibujo y la exageración que es connatural a la mejor poesía escrita en México.

Hay en uno de los primeros poemas cierta imagen que, sin buscarlo, define parcialmente la condición de la poesía de Chumacero: "cristal de sombra", que como el tema de la rosa y el tiempo, reaparece a menudo en estos poemas de juventud. Si el ciclo de la flor es la sombría advertencia de la vanidad de cuanto existe sobre la tierra, al poeta nada le cuesta confesar que "no habrá milagro o salvación posible".

Derrumbe, naufragio, mortaja, olvido, tristeza, desconsuelo son palabras que, con diversa modulación, participan en cada una de estas páginas. Su afinidad con la sombra, la presencia constante del polvo, la certeza de que el amor se cambia en desolación, acerca estos poemas a los Nocturnos de Xavier Villaurrutia; pero su concepción verbal en nada se asemeja a la que fue grata para el autor de *Décima muerte*.

El linaje conceptual de *Páramo de sueños* emparienta con los grandes textos orientales, que hicieron del fatalismo la ciencia de limar las pocas razones que sostienen la esperanza del hombre. Pero afirman que al hombre le fue dada esa capacidad de expresar su dolor. Porque así nazca de la pena y el fracaso, la poesía (como el arte todo) pertenece al reino de la felicidad. Y leer un poema es vivirlo, hallar en él algo que la realidad nos ocultaba o nuestras palabras no alcanzaron a nombrar. La realidad no está hecha de palabras, mas sólo por el lenguaje es descifrable.

Con todo, en los poemas de Alí Chumacero prevalece el dominio de la caída, el triunfo del descenso y de un lenguaje, nutrido de avidez por el desastre, que afirma el carácter provisional e irremediable de los actos humanos, y el desplome de cuantas formas el mundo se ha erigido a sí mismo:

> *. . .deja una huella: pie que no se posa*
> *y yeso que se apaga en el silencio.*

Estas palabras crecen en un territorio lóbrego que no es ya el ámbito natural, el paisaje de Othón o las "soledades" de los poetas clásicos: es un *páramo* capaz de designar, sin nombrarlo, al planeta entero, la tierra baldía de aquellos y estos años, que extiende sus confines a las puertas cerradas del paraíso. A veces tanto desamparo se llena de una presencia: el amor, que precede a la historia y la justifica:

> *Antes que el viento fuera mar volcado,*
> *que la noche se unciera su vestido de luto. . .*
> *antes, antes, muy antes. . .*
> *ya éramos tú y yo.*

Pero ese amor, respuesta al mundo, también resulta olvido, engendra la soledad y la destrucción. En el cuerpo de la "funesta amante" ya se respira el sabor del sepulcro: el camino de toda carne.

La vehemencia de las lamentaciones se contiene siempre en un molde estricto cuya serenidad no abre el camino a la queja exaltada, superficial de otros poetas, aunque la desesperación de esta poesía cuente entre las más hondas. De aquí está ausente toda misericordia, o toda esperanza de que mañana la fraternidad de los hombres cambie el mundo. Ni siquiera la amable idea de que la urna del verso guardará por los siglos el nombre de su creador.

A pesar de todo, la vida es nuestra única, misteriosa heredad, y la palabra se torna medio de un conocimiento que nos permite amar la existencia, con actitud en algo semejante a ese "pesimismo alegre" de que habló Vasconcelos.

Definir esta obra como "pesimista" no dice nada: lo calla todo con respecto a su materia lírica. Sería más adecuado decir que son pesimistas los años en que al poeta le ha tocado escribirla: años de infinita discordia, "pues miedo y sangre ha sido nuestro tiempo", que han visto las cámaras de gas y las ciudades arrasadas por el fuego nuclear; el crecimiento de una civilización que al apartarse del hombre lo deja en manos de los objetos que creó y ahora se revuelven contra él.

Fin de un mundo —no del mundo, porque entre oscuridades y amenazas se yerguen los clarísimos signos de otra era—, la época que construimos y que pronto será historia, pasado irrepetible, ha hecho nacer en las mejores conciencias poéticas una expresión

lúgubre de infinita desesperanza; porque, al transformar en canto su memoria, el poeta devuelve al tiempo lo que el tiempo le da, y hoy una poesía que no exprese la quiebra de la gran ilusión está condenada a la irrealidad, a no tener ni la modesta permanencia de un testimonio.

En cierto modo, los mejores poemas de los últimos años son siempre elegías a lo que se desvanece, a lo que huye y sólo puede retenerse nombrándolo. Y *Elegía del marino* (que pertenece al segundo libro, *Imágenes desterradas*, 1948) se llama una de las composiciones que mejor representan el tránsito entre *Páramo de sueños* y *Palabras en reposo* (1956). La misma desolación recorre cada frase:

Un aire triste arrastra las imágenes
que de tu cuerpo surgen
como hálito de una sepultura...

La continuidad del amor no es bastante para sofocar la pesadumbre. Esa mujer, que parte y que se pierde en el fondo de los años, será hallada en otros cuerpos; pero tan sólo para acrecer la hoguera viva que dejó su memoria, y después, "sombría imagen", surgida de la ruina y la ternura rota:

Aún levantas tempestad y lágrimas
del desierto que habito, de la ira
secreta que me invade las sienes indefensas,
del muro donde inclino la frente a sollozar
por esos labios que eran como espigas
y por tu pelo, bálsamo y naufragio.

De allí, de ese recuerdo que no puede devolver lo perdido, la imagen brotará hecha ceniza, lejana, aparte:

como un espejo donde el tiempo muere
convertido en estatua y en vacío.

El *Responso del peregrino*, en cambio, verifica el sosiego en que desembocan el éxodo y la tempestad. La mujer no será elemento destructor sino "muro de salvación". Sin embargo, no basta la voluntad amorosa que encarna en el tiempo y le otorga sentido. Un día la plenitud del encuentro será borrada por la muerte —"el arcángel que todo inmoviliza".

Y cuando lo que vivió sea juzgado, "el día de estupor en Josafat", el manso dolor cotidiano cobrará una impensable significación:

Acaso entonces alce la nostalgia
horror y olvidos, porque acaso
el reino de la dicha sólo sea
tocar, oír, oler, gustar y ver
el despeño de la esperanza.

Responso del peregrino, el segundo poema largo y uno de los más hermosos que ha escrito Chumacero, es singular en su producción y en la lírica mexicana de nuestro tiempo. Nutrido más que cualquier otro de referencias bíblicas que dan peso y apoyo al despliegue de la noción poética interior, su religiosidad afirma la certeza de un amor desolado. La presencia de una realidad tangible —que irrumpe en varios de los poemas subsecuentes— se urde aquí mediante el turbio fragor de las beatas que rezan la letanía.

Ese diálogo con el mundo se afirma en otras composiciones de esta época: *El orbe de la danza*, por ejemplo, donde la realidad es evocada tras una vaga superficie anecdótica que rehúsa el tono narrativo y puebla de símbolos una voz, ahora tan sólo análoga a sí misma. Dentro de esta nueva actitud, un poema que casi podría llamarse "de personaje", el *Monólogo del viudo*, es dueño de una transida belleza y de imágenes cuya efectividad nada tiene de oscuro. Son, eso sí, poemas que exigen del lector una interna colaboración en ese silencioso acto de fe que es la lectura poética. Ni aquellos ni *Salón de baile* son poemas "fáciles", en el sentido que es fácil un metro de ocho sílabas cuyo ripio nos alboroza sin mayor exigencia a nuestro entendimiento.

El hermetismo en los poemas recientes de Chumacero no es una dificultad gratuita; nace del rigor expresivo y más que nada del mundo que su palabra se ha propuesto evocar. Fuera de la belleza conceptual que hasta el lector desprevenido encontrará en estas composiciones ("Música y noche arden renovando el espacio"...), no hay halago exterior sino exigencia de penetrar en esa atmósfera de "sueño vivido y horas soñadas" que es el recinto donde se cumple la hermosura.

Entonces la supuesta rigidez se torna agua que corre, vida. Vida recreada con la pasión del que está cierto de que la poesía es un arte con leyes y signos propios, más allá de las tiernas efusiones de un sentimiento que se desborda, negando un cauce capaz de conceder forma a aquello que por definición no la posee.

Son, ciertamente, poemas "realistas"; pero desde siempre la poesía ha exigido de quienes serán beneficiarios de su canto, la participación en un sistema alógico en que el idioma alcanza otro significado distinto al de su empleo cotidiano. Un soneto de Quevedo o de Garcilaso es en el fondo tan inextricable o descifrable como un poema contemporáneo. Creer que la ardua naturaleza de la lírica moderna es sólo consecuencia de la ruptura que, a partir del romanticismo, se consuma entre el poeta y la sociedad que lo rechaza, equivale a ignorar que la poesía sólo en contados casos ha llegado, hasta ahora, a rebasar un núcleo casi invariablemente reducido. Por otra parte, si la poesía es fatalmente expresión de la realidad, la lírica de nuestro tiempo es, por fuerza, tan compleja como la era que condiciona y orienta su sentido.

Pero la poesía es siempre tentativa de diálogo que exige una respuesta única, personal del lector. La poesía difícilmente admite análisis y explicaciones. Analizar un poema equivale a desmembrarlo, sacarlo de raíz. Explicarlo, es arrojar al misterio de todo auténtico poema una luz incapaz de ser luz que no ilumina sino deteriora y falsea la verdad única del poema.

La poesía de Alí Chumacero es una obra que con el tiempo ha variado y se ha enriquecido, pero que permanece fiel a ese amor y a esa desesperanza que celebró desde el primer verso. Los poemas de años más próximos: *Alabanza secreta*, *El proscrito*, *Los ojos verdes* prueban, con toda su hondura y su riqueza expresiva, la continuidad de un poeta que, como pocos, ha transformado el fervor cotidiano en un canto que es biografía "de un mundo de fatiga", y logrado que en cada verso las cosas den de sí el secreto entrañable que les infunde vida.

POESÍA

de Alí Chumacero

CARA I
18'40"

A UNA FLOR INMERSA

Cae la rosa, cae
atravesando el agua,
lenta por el cristal de sombra
en que su tallo ahoga;
desciende imperceptible,
clara, ingrávida, pura
y las olas la cubren, la desnudan,
la vuelven a su aroma,
hácenla navegante por la savia
que de la tierra nace
y asciende temblorosa,
desborda la ternura de su tacto
en verde prisionero,
y al fin revienta en flor
como el esclavo que de noche sueña
en una luz que rompa
los orígenes de su sueño,
como el desnudo ciervo, cuando la fuente brota,
que moja con su vaho la corriente
destrozando su imagen.

Cae más aún, cae
más allá de su savia,
sobre la losa del sepulcro,
en la mirada de un canario herido
que atreve el último aletazo
para internarse mudo entre las sombras.
Cae sobre mi mano
inclinándose más y más al tacto,
cede a su suavidad de sábana mortuoria
y como un pálido recuerdo
o ángel desalado
pierde una estela de su aroma,
deja una huella: pie que no se posa
y yeso que se apaga en el silencio.

POEMA DE AMOROSA RAÍZ

Antes que el viento fuera mar volcado,
que la noche se unciera su vestido de luto
y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo
la albura de sus cuerpos.

Antes que luz, que sombra y que montaña
miraran levantarse las almas de sus cúspides;
primero que algo fuera flotando bajo el aire;
tiempo antes que el principio.

Cuando aún no nacía la esperanza
ni vagaban los ángeles en su firme blancura;
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;
antes, antes, muy antes.

Cuando aún no había flores en las sendas
porque las sendas no eran ni las flores estaban;
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,
ya éramos tú y yo.

MI AMANTE

Desnuda, mi funesta amante
de piel vencida y casta como deshabitada,
sacudes sobre el lecho voces
y ternuras contrarias a mis manos,
y un crepúsculo escucho entre tu cuerpo
cuando al caer en ti agonizo
en un nacer marchito, sin el duelo
comparable al temor de tu agonía.

Contigo transparento la caída
de un alud o huracán de rosas:
suspiros de manzanas en tumulto
diciéndome que el hombre está vencido,
confuso en amarguras y vacías miradas.
En ti respondo al mundo, y en tu cuerpo
respiro ese sabor de los sepulcros;
una noche no más, y tu mirada
persiste, implora y vence entre mis ojos,
decidida a una lucha prolongada
donde el recuerdo se convierte
en esa aérea languidez del pensamiento,
como materia de tus ojos mismos.

Lloras a veces arrojando
fúnebres aguas de perfume ciego,
como si desprendida de una antigua idea
vinieras hasta mí, tan clara
como un ángel dormido en el espacio,
a dejar evidencia, luz y vida;
y en tus lágrimas miro surgir tu suave piel
como si en ellas prolongaras
o hicieras más probable tu existencia,
derramando el aroma de tu sueño
sobre esta soledad de tu desnudo.

PUREZA EN EL TIEMPO

Rosa desvanecida sobre el túmulo,
al germinar del tiempo derrumbada
en una tumultuosa transparencia.
Veo la gloria en ella, pues los días
hijos son del espacio donde mueren
como el eco infinito de mis ojos.

Levanto el rostro, miro los naufragios
y mis hermanos muertos en olvido
bajo la tierra, mares de tinieblas
presintiendo la imagen de la rosa.

Mas sobre el polvo viajan como nubes,
vientos urdidos en un dulce engaño,
incesantes afines a la música
nacida de sus manos temerosas.

Ignoran su destino, balbucean
palabras del amor y así se salvan,
son humo adormecido sobre lirios,
apariencia tornada movimiento.

Bajo la noche larga de sus ojos,
ninguno sabe si camina al cielo.

No habrá milagro o salvación posible.
El párpado, silencio amortajado
con el lamento de un deshecho mundo,
se abandona a soñar inútilmente
y en sí mismo extravía su tristeza,
dueño ya de una amarga certidumbre.

Si nada me consuela, a solas oigo
la premura de ser flor la mirada
y el corazón desdicha. Porque nadie
buscando la pureza ha sonreído.

ELEGÍA DEL MARINO

Los cuerpos se recuerdan en el tuyo:
su delicia, su amor o sufrimiento.
Si noche fuera amar, ya tu mirada
en incesante oscuridad me anega.
Pasan las sombras, voces que a mi oído
dijeron lo que ahora resucitas,
y en tus labios los nombres nuevamente
vuelven a ser memoria de otros nombres.
El otoño, la rosa y las violetas
nacen de ti, movidos por un viento
cuyo origen viniera de otros labios
aún entre los míos.
Un aire triste arrastra las imágenes
que de tu cuerpo surgen
como hálito de una sepultura:
mármol y resplandor casi desiertos,
olvidada su danza entre la noche.
Mas el tiempo disipa nuestras sombras,
y habré de ser el hombre sin retorno,
amante de un cadáver en la memoria vivo.
Entonces te hallaré de nuevo en otros cuerpos.

LA IMPREVISTA

Mírame así, a la frente: deshacías
en himno la apariencia semejante
al sueño, y la lujuria en el sudor
ardía témpanos de mal, araba
en oquedades los remordimientos.

Cuando con esa voz de lejanías
invocabas los sitios, las costumbres,
era tu cabellera la humedad
del alma en el verano, parecida
a insomnios dilatados por la ausencia.

Después de ti, el asombro del pecado
y la virtud donde el placer concluye
nada eran y en nada convertían
el último solaz, el desafío
ante el olor cansado de lo inmóvil.

En la conciencia un muro desvanece
la furia, la piedad, el movimiento,
y de aquellos sollozos esparcidos
en medio del relámpago el fulgor
de su imagen anima las tinieblas.

Deja el ayer, descúbrete en mis ojos:
sobre el vacío caen las palabras
y en su oscilar las horas resplandecen
hasta tornarse en el espacio adonde
asciende la mujer desconocida.

EL ORBE DE LA DANZA

Mueve los aires, torna en fuego
su propia mansedumbre: el frío
va al asombro y el resplandor
a música es llevado. Nadie
respira, nadie piensa y sólo
el ondear de las miradas
luce como una cabellera.
En la sala solloza el mármol
su orden recobrado, gime
el río de ceniza y cubre
rostros y trajes y humedad.

Cuerpo de acontecer o cima
en movimiento, su epitafio
impera en la penumbra y deja
desplomes, olas que no turban.
Muertas de oprobio, en el espacio
dormitan las familias, tristes
como el tahúr aprisionado,
y añora la mujer adúltera
la caridad de ajena sábana.
Bajo la luz, la bailarina
sueña con desaparecer.

MONÓLOGO DEL VIUDO

Abro la puerta, vuelvo a la misericordia
de mi casa donde el rumor defiende
la penumbra y el hijo que no fue
sabe a naufragio, a ola o fervoroso lienzo
que en ácidos estíos
el rostro desvanece. Arcaico reposar
de dioses muertos llena las estancias,
y bajo el aire aspira la conciencia
la ráfaga que ayer mi frente aún buscaba
en el descenso turbio.

No podría nombrar sábanas, cirios, humo
ni la humildad y compasión y calma
a orillas de la tarde, no podría
decir "sus manos", "mi tristeza", "nuestra tierra"
porque todo en su nombre
de heridas se ilumina. Como señal de espuma
o epitafio, cortinas, lecho, alfombras
y destrucción hacia el desdén transcurren,
mientras vence la cal que a su desnudo niega
la sombra del espacio.

Ahora empieza el tiempo, el agrio sonreír
del huésped que en insomnio, al desvelar
su ira, canta en la ciudad impura
el calcinado son y al labio purifican
fuegos de incertidumbre
que fluyen sin respuesta. Astro o delfín, allá
bajo la onda el pie desaparece,
y túnicas tornadas en emblemas
hunden su ardiente procesión y con ceniza
la frente me señalan.

SALÓN DE BAILE

Música y noche arden renovando el espacio, inundan
sobre el cieno las áridas pupilas, relámpagos caídos
al bronce que precede la cima del letargo.

De orilla a orilla flota la penumbra
siempre reconocible, aquella que veían y hoy miramos
y habrán de contemplar en el dintel
donde una estrella elude la catástrofe, airosa
ante el insomnio donde nacen la música y la noche
como si un viento o la canción dejaran restos de su humedad.

Puesta la boca sobre el polvo por si hay esperanza
o por si acaso, en el placer la arcilla anima la memoria
y la conservación violenta de la especie.

Porque amados del himno y las tinieblas, aprendiendo a morir,
los cuerpos desafían el sosiego:
descienden sierpes, águilas retornan con áspero sopor,
y en lucha contra nadie tejen la sábana que aguarda
como la faz al golpear un paño oscuro
hace permanecer el miedo en una fatiga inagotable.

Sudores y rumor desvían las imágenes,
asedian la avidez frente al girar del vino que refleja
la turba de mujeres cantando bajo el sótano.

A humo reducidos los ojos de la esclava,
alud que en vano ruega, ahí holgará la estirpe confundida
por bárbaros naufragios, desoyendo
la espuma de la afrenta, el turbio eco al compartir
con islas que desolan armonías
la sofocante forma del lecho vencedor.

Desde su estanque taciturno increpan los borrachos
el bello acontecer de la ceniza, y luego entre las mesas
la tiranía agolpa un muro de puñales.

Sobre la roca inerte se disipa el nombre que grabó
la cautelosa bestia: asolada la máscara
en la sombra, tranquilo escombro que antes del desplome
ignora la espesura colmada de la herrumbre,
en su orfandad exige, implora, accede
al signo de la vid propicia a la simiente.

Cuando cede la música al fervor de la apariencia, grises
como las sílabas que olvida el coro,
casi predestinados se encaminan los rostros a lo eterno.

Vuelve la espada a su lugar, arrastra
hacia el asombro de Caín el dócil resplandor
del movimiento, impulsos y distancias mezclan la misma ola
y sólo en su heredad persisten los borrachos,
vulnerables columnas que prefieren
del silencio elegido la sapiencia de la desesperanza.

DIÁLOGO CON UN RETRATO

Surges amarga, pensativa,
profunda tal un mar amurallado;
reposas como imagen hecha hielo
en el cristal que te aprisiona
y te adivino en duelo,
sostenida bajo un mortal cansancio
o bajo un sueño en sombra, congelada.
En vano te defiendes
cuando tus ojos alzas y me miras
a través de un desierto de ceniza,
porque en ti nada existe que delate
si por tu cuerpo corre luz
o un efluvio de rosas,
sino temor y sombra, la caída
de una ola transformada
en un simple rocío sobre el cuerpo.
Y es verdad: a pesar de ti desciendes
y no existe recuerdo que al mundo te devuelva,
ni quien escuche el lánguido sonar de tus latidos.
Eres como una imagen sin espejo

flotando prisionera de ti misma,
crecida en las tinieblas de una interminable noche,
y te deslíes en suspiros, en humedad y lágrimas
y en un soñar ternuras y silencio.

Sólo mi corazón te precipita
como el viento a la flor o a la mirada,
reduciéndote a voz aún no erigida,
disuelta entre la lengua y el deseo.
De allí has de brotar hecha ceniza,
hecha amargura y pensamiento,
creada nuevamente de tus ruinas,
de tu temor y espanto.
Y desde allí dirás que amor te crea,
que crece con terror de ejércitos luchando,
como un espejo donde el tiempo muere
convertido en estatua y en vacío.
Porque ¿quién eres tú sino la imagen
de todo lo que nutre mi silencio,
y mi temor de ser sólo una imagen?

CARA II
18'05"

RESPONSO DEL PEREGRINO

I

Yo, pecador, a orillas de tus ojos
miro nacer la tempestad.

Sumiso dardo, voz en la espesura,
incrédulo desciendo al manantial de gracia;
en tu solar olvida el corazón
su falso testimonio, la serpiente
de luz y aciago fallecer, relámpago vencido
en la límpida zona de laúdes
que a mi maldad despliega tu ternura.

Elegida entre todas las mujeres,
al ángelus te anuncias pastora de esplendores
y la alondra de Heráclito se agosta
cuando a tu piel acerca su denuedo.

Oh, cítara del alma, armónica al pesar,
al luto hermana: aíslas en tu efigie
el vértigo camino de Damasco
y sobre el aire dejas la orla del perdón,
como si ungida de piedad sintieras
el aura de mi paso desolado.

María te designo, paloma que insinúa
páramos amorosos y esperanzas,
reina de erguidas arpas y de soberbios nardos:
te miro y el silencio atónito presiente
pudor y languidez, la corona de mirto
llevada a la ribera donde mis pies reposan,
donde te nombro y en la voz flameas
como viento imprevisto que incendiara
la melodía de tu nombre y fuese,
sílaba a sílaba, erigiendo en olas
el muro de mi salvación.

Hablo y en la palabra permaneces.
No turbo, si te invoco,
el tranquilo fluir de tu mirada;
bajo la insomne nave tornas el cuerpo emblema
del ser incomparable, la obediencia fugaz
al eco de tu infancia milagrosa,
cuando, juntas las manos sobre el pecho,
limpia de infamia y destrucción
de ti ascendía al mundo la imagen del laurel.

Petrificada estrella, temerosa
frente a la virgen tempestad.

II

Aunque a cuchillo caigan nuestros hijos
e impávida del rostro airado baje a ellos
la furia del escarnio; aunque la ira
en signo de expiación señale el fiel de la balanza
y encima de su voz suspenda
el filo de la espada incandescente,
prolonga de tu barro mi linaje
—contrita descendencia secuestrada
en la fúnebre Pathmos, isla mía—
mientras mi lengua en su aflicción te nombra
la primogénita del alma.

Ofensa y bienestar serán la compañía
de nuestro persistir sentados a la mesa,
plática y plática en los labios niños.
Mas un día el murmullo cederá
al arcángel que todo inmoviliza;
un hálito de sueño llenará las alcobas
y cerca del café la espumeante sábana
dirá con su oleaje: "Aquí reposa
en paz quien bien moría."

(Bajo la inerme noche, nada
dominará el turbio fragor
de las beatas, como acordes:
"Ruega por él, ruega por él...")

En ti mis ojos dejarán su mundo,
a tu llorar confiados:
llamas, ceniza, música y un mar embravecido
al fin recobrarán su aureola,
y con tu mano arrojarás la tierra,
polvo eres triunfal sobre el despojo ciego,
júbilo ni penumbra, mudo frente al amor.

Óleo en los labios, llevarás mi angustia
como a Edipo su báculo filial lo conducía
por la invencible noche;
hermosa cruzarás mi derrotado himno
y no podré invocarte, no podré
ni contemplar el duelo de tu rostro,
purísima y transida, arca, paloma, lápida y laurel.

Regresarás a casa y, si alguien te pregunta,
nada responderás: sólo tus ojos
reflejarán la tempestad.

III

Ruega por mí y mi impía estirpe, ruega
a la hora solemne de la hora

el día de estupor en Josafat,
cuando el juicio de Dios levante su dominio
sobre el gélido valle y lo ilumine
de soledad y mármoles aullantes.

Tiempo de recordar las noches y los días,
la distensión del alma: todo petrificado
en su orfandad, cordero fidelísimo
e inmóvil en su cima, transcurriendo
por un inerte imperio de sollozos,
lejos de vanidad de vanidades.

Acaso entonces alce la nostalgia
horror y olvidos, porque acaso
el reino de la dicha sólo sea
tocar, oír, oler, gustar y ver
el despeño de la esperanza.

Sola, comprenderás mi fe desvanecida,
el pavor de mirar siempre el vacío
y gemirás amarga cuando sientas que eres
cristiana sepultura de mi desolación.

Fiesta de Pascua, en el desierto inmenso
añorarás la tempestad.

LOS OJOS VERDES

Solemnidad de tigre incierto, ahí en sus ojos
vaga la tentación y un náufrago
se duerme sobre jades pretéritos que aguardan
el día inesperado del asombro
en épocas holladas por las caballerías.

Ira del rostro, la violencia
es río que despeña en la quietud el valle,
azoro donde el tiempo se abandona
a una corriente análoga a lo inmóvil, bañada
en el reposo al repetir
la misma frase desde la sílaba primera.

Sólo el sonar bajo del agua insiste
con incesante brío, y el huracán acampa
en la demora, desterrado
que a la distancia deja un mundo de fatiga.

Si acaso comprendiéramos, epílogo
sería el pensamiento o música profana.
acorde que interrumpe ocios
como la uva aloja en vértigo el color
y la penumbra alienta a la mirada.

Vayamos con unción a la taberna adonde
aroma el humo que precede,
bajemos al prostíbulo, a olvidar esperando:
porque al fin contemplamos la belleza.

SOMBRÍA IMAGEN

Como el fúnebre aire desciende por las noches
sobre los árboles, irrumpes fiel,
devastadora y ciega;
pueblas así de nubes y de dolientes rosas
la soledad ardida del deseo
y esa callada tierra de mis ojos mirando la quietud,
lívida arena donde el pensamiento yace sosegado.

Aún levantas tempestad y lágrimas
del desierto que habito, de la ira
secreta que me invade las sienes indefensas,
del muro donde inclino la frente a sollozar
por esos labios que eran como espigas
y por tu pelo, bálsamo y naufragio.

Porque si acaso te recuerdo, llueven
laureles fenecidos sobre el pecho y se deslizan
a través de humaredas y de heridas,
bañándose en melancolía y en los nardos
que entre mis dientes huelen a exterminio.

Pero nada sin ti, ni el indolente aire,
cruza el espacio sin tu permanencia:
relámpago si hiere la higuera de mi sombra,
original olivo si desciende
hasta la faz morada de mi remordimiento.

Sin ti, la inmóvil visión de aquello que mis manos
llamaron desnudez o castos alaridos
y mi alma confundía con el virgen nacer de la hermosura,
eso que hoy yo nombro mi varonil tristeza,
viene hacia mí y recuerda
la sábana que apenas te cubría, insepulta
y nítida durmiente de olvidos inundada.

Si supieras, perdida compañera de mi aliento:
eres análoga a la movible imagen de un sollozo
surgido de las ruinas y cenizas de mi ternura rota,
y estarás siempre rodeada de lágrimas y sombras.

EL PROSCRITO

Agua reverdecida, la palabra
que fue apariencias turba nuevamente: catástrofe
encima de la cal, ávida vid que apresurada cae
de vuelo a onda a eterna superficie
hendiendo el demorado ardor de la quietud.

Donde el hastío los naufragios cubre, su exhalación levanta
en vendaval y sílabas la sombra
en torno del corcel desfallecida; asciende
y con fragor los rostros atraviesa: bandera que en delirio
despereza de escoria la centuria
afín al delator que pudre la alabanza.

Solo te quedarás, precario amante hablando
al sol insomne, y la desdicha
un hueco hará en la alcoba al despertar
sin un resuello cerca ni ver cómo la infancia
alienta el vaho que prosigue.

El vacío quizá, la desnudez
contaminada, el sábado perenne, la vileza

febril de acariciar los hijos
de la hermana menor, diente con diente
anegarán el lecho de cortinas cerradas
tras el rumor de las visitas.

Mártir sin pueblo, pasaré la tarde anclado en la espesura,
inerme ante la ley, pero forjando
estíos sobre el vasto acontecer que aloja
testimonios, ardiendo en cantos como arenas donde silba
el soplo que rescata a la serpiente.

De la armonía bajaré a escuchar lejanas
mansedumbres: "Mi esposa, mis criaturas", mecánica indolencia
que el miedo trueca en vanidad de tigre
saltando seriamente de orfandad a consuelo:
ni altares ni sepulcros, sólo dioses en cuya piel acecha
la tempestad en muro blanqueado.

Encomiéndate a Dios, regresa a casa
a compartir la adversa atmósfera vencida,
porque el trigo no cae en tierra
y nada haría perdurar ahora
hierros que en la pradera devastan la cordura.

Rostro para una vida larga,
comparece a la mesa de los justos
a hacerles compañía, y deja la mansión
adonde hollados por el polvo
llegan ruidos del último banquete
como dormita el viento absorto en la llanura.

Yacen todos con honra, circundados de hiel
bajo la herrumbre de aplazados días, en cotidianas órbitas
sin antes ni después, con el pesar
que al salteador aturde, oculto en el recodo
del camino, sin furia ni piedad, confiado a la esperanza.

Disipan, en sarcófagos, laureles
y el nombre que heredaron pone coto a las hordas;
no saben del desastre nacido de un mirar que se desvía
porque el amargo amor de su costumbre
aloja el pez de las escamas apagadas.
Si abrieran el portal, piadosamente los contemplaría.

ALABANZA SECRETA

Sobre el azar alzaba su cabello
súbito resplandor, y en avaricia alucinante
hendía el porvenir como regresa el héroe,
después de la batalla, dando al escudo sones de cansancio.

Órbita del asombro, su mirar
ornaba el viento fervoroso del "sí" antes de ser,
en el venal recinto de los labios, hoguera
sosegada por fácil devoción acrecentando escombros.

Entonces de su pecho a indiferencia
las horas ascendían tristes cual la fidelidad,
a lo variable ajenas, pálidas frente al muro
en donde pétreos nombres revivían hazañas olvidadas.

Muchos cruzaron la tormenta, muchos
amanecían a su lado: azufre victorioso
en inmortal historia acontecido, bestias
rendidas para siempre al usurpar la cima del asedio.

Acaso la soberbia apaciguaba
el deplorable aliento entre la noche, la agonía
abriendo en dos las aguas del orden sometido
a la heredad polvosa, casi pavor análogo a la duda.

Pero sierpe cegada, ebria de orgullo,
hería la avidez como si estar desnuda fuera
perenne despojarse del pecado mortal,
iluminada al ver el júbilo opacando el movimiento.

Inmóvil a la orilla del torrente,
yo era el aprendiz de la violencia, el sorprendido
olivo y el laurel mudable, porque a solas
solía renacer cuando salía de aquel inmundo cuarto.

Despierta Débora en ocaso o eclipse
erguido, ondea ahora hablando a media voz, por fin
inmune al implacable sudor fluyendo en sed
para el sediento o cólera labrada en el antiguo ariete.

Perdida entre la gente, derrotado
color en la penumbra, suelta el esquife hacia la nada,
mas su imagen un cántico profiere, brisa o trueno
pretérito sonando en el solar airado del cautivo.

DE CUERPO PRESENTE

Yo no estaré presente. La ilusoria
marea irrumpirá, letal y fría,
en olas conmovidas todavía,
a anegar de ceniza la memoria.

Fuego abatido, cólera desierta,
la urna en sábanas al fin vencida
olvidará su resplandor: la vida
ayer a su cuidado amante muerta.

Indiferente imagen, su apariencia
no será abismo sino roca o viento
de soledad, sosiego y permanencia;

cuerpo no más, vacío de pecado,
inmutable al pavor del pensamiento:
solo estará, en sí mismo acostumbrado.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente

PROF. MAX AUB, Secretario

PROF. ANTONIO ALATORRE, Vocal

SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal

DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal

SR. ALÍ CHUMACERO, Vocal

LIC. JAIME GARCÍA TERRÉS, Vocal

LIC. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, Vocal

PROF. LUIS VILLORO, Vocal

IMPRESO EN MÉXICO. TALLERES GRÁFICOS DE LIBRERÍA MADERO, S. A.
Diseños de VICENTE ROJO